

SEMBLANZA DEL P. BARBADO

Mediada la tarde del 3 de mayo de este año, los Institutos «San José de Calasanz» y «Luis Vives» se conmovieron con la noticia inesperada y triste del fallecimiento del que fué su primer director, R. P. Manuel Barbado Viejo.

Las oraciones de todos los que de alguna manera toman parte en los trabajos de ambos Institutos subieron al Cielo durante la tarde de ese día; y al siguiente, en marcha silenciosa y emocionada, acompañaron sus restos mortales al cementerio de San Lorenzo.

Cogido por la emoción y el recuerdo del que fué alma del Instituto en sus primeros y más difíciles pasos, me encuentro en la obligación de recoger en unas líneas algo de lo que el P. Barbado fué y representa aún para nosotros.

* * *

Nació el P. Barbado en una aldea asturiana, La Cortina, perteneciente a la parroquia de Telleo, y ésta, a su vez, integrada en el Concejo de Pola de Lena.

Vino al mundo el 17 de junio de 1884 en el seno de una de esas familias reciamente cristianas, en las cuales un modesto medio de vivir, sostenido en el trabajo del padre, basta para colmar todas las necesidades materiales. En medio de las montañas asturianas, bravas y suaves al mismo tiempo, eternamente verdes si no están ocultas bajo una capa de nieve, un taller de carpintería y unos prados de esmeralda eran el patrimonio de la familia de

Manuel Barbado. Taller y prados, montañas y nieve, son siempre recuerdos actuantes en el espíritu del que en medio de ellos se asomó a la vida. ¡Cuántas veces hemos oído al P. Barbado hablar de la *nevadonza* que a finales del siglo pasado cubrió montes y valles asturianos con varios metros de nieve!

En medio del ambiente cristiano, el Rosario, españolaísima oración familiar y de combate, nunca dejó de rezarse en esta casa, donde los hijos aprenden de sus padres la honradez y el sentido cristiano de la vida; y cuando, atraídos por el encanto de las faenas camperas asturianas, la recogida del heno principalmente, han de llegar cansados a casa y no serán capaces de otra cosa más que de echarse a descansar, entonces el Rosario familiar resonaba bajo el húmedo cielo asturiano mientras al caminar iban golpeando las trochas que desde los prados arribaban a la casa paterna.

Bien podemos considerar a esta familia elegida de Dios y señalada de un modo singularísimo con el signo de España en sus anhelos religiosos y ecuménicos. Cuatro hermanos de este dichoso hogar fueron elegidos por Dios, y los cuatro para la españolaísima Orden de Santo Domingo, como si por inspiración divina hubieran querido envolver para siempre sus vidas en un manto blanco de pureza inmaculada como las nieves de sus montañas. Los dos varones habían de dar días de gloria a Dios y a su patria en el seno de la ciencia y en el seno del gobierno eclesiástico.

Manuel, el mayor, había de ser el psicólogo experimentalista de autoridad universal, y, sin asomo de exageración, la primera figura de la Psicología española. Francisco, el otro hermano, después de dejar una huella imborrable como obispo de la diócesis de Coria, rige actualmente la de Salamanca, de cuya Universidad Pontificia es Gran Canciller y a cuyo celo y sabiduría debe esta Universidad sus mejores días y sus más ambiciosos propósitos.

Las dos mujeres habían de consumir sus días en alabanzas al Cordero y a su Madre sin mancilla.

Ya desde sus primeros años parece que Manuel descubrió el camino que la vocación de Dios le señalaba. En una de esas viejas preceptorías, en la cual el espíritu apostólico suple sobradamente la carencia de medios didácticos, estudia latín con don Francisco del Valle, párroco de Jomezana. Todavía en sus últimos años, fray Manuel Barbado, miembro de varias Academias nacionales y pontificias, miembro de altos organismos de investigación y de consulta, guardaba un cariñoso recuerdo para su viejo preceptor y guardaba también con amoroso cuidado el retrato del sacerdote que le inició en la lengua propedéutica de todo estudio eclesiástico.

Seguro del llamamiento que Dios le había hecho, caminó con impaciencia a tomar el hábito de Santo Domingo, y esta impaciencia le hizo llegar demasiado pronto. Ha de esperar en Zafra para cumplir los quince años, edad que exige la constitución de la Orden para ser admitidos los novicios. En esa espera se fortalece la decisión; el presunto novicio estudia y juega, es decir, espera alegremente a que el Señor vaya dejando pasar día a día, hora a hora, el tiempo necesario para que pueda quedar admitido en la familia de sus elegidos.

Toma el hábito en Zafra y se traslada después al Colegio de los dominicos de Almagro, el principal de los que esta Orden tiene en su provincia de Bética.

Es probable que la austeridad de la llanura manchega y la nobleza que se respira en todo el Colegio de Almagro, con su hermoso claustro renacentista, influyeran en el carácter del novicio asturiano para hacer de él lo que había de ser en adelante; un hombre lleno de ternura, como los suaves prados norteños, y austero de expresión, como la planicie de la meseta.

Ya en este año, el niño inteligente de Asturias se ha convertido en el joven de subida capacidad intelectual

que le permite simultanear sus estudios religiosos con los de una carrera civil. Todavía queda el recuerdo de la convocatoria de septiembre, en que el P. Barbado se examina de todas las asignaturas que comprende el plan de Bachillerato, saliendo airoso de todas ellas con calificaciones brillantes; eran varios los que pretendían realizar tal hazaña; sólo a Manuel Barbado y a un compañero suyo del Colegio de Almagro les fué dado darla cima victoriosamente.

Después, la vida recoleta y sencilla de un estudiante de Filosofía y Teología que ya siente una atracción especial por las Ciencias Naturales.

Podemos, no obstante, señalar la extraordinaria afición de Manuel Barbado a la lectura, que hizo no faltaran en su regulada vida estudiantil algunas notas graciosas que señalan de por sí la agudeza del novicio dominico. Tenía prohibida la lectura de novelas, pero él se las arregló para contar con la complicidad de un Padre, que, en la oscuridad de las noches, le descogaba desde el piso superior el libro que había de saborear en lectura nocturna, robando horas al descanso. Para que la luz de su celda no saliera indiscreta al exterior, encontró el avisgado estudiante un medio de que lector, libro y luz quedaran sepultados por la ropa de la cama. Y de esta extraña manera, durante muchas noches pasadas en vigilia, se leyó las obras de Pereda y la colección de clásicos de Rivadeneira.

El coronamiento de la formación religiosa con su ordenación sacerdotal, en los principios de este siglo, le hacen volver la mirada a su tierra natal de Asturias, y en la misma parroquia en la que la Iglesia le regeneró con las aguas bautismales, admitiéndole en el número de sus hijos, fray Manuel Barbado, sacerdote del Altísimo, consagra por primera vez el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo en 1908.

Después, a seguir su camino de formación científica; y

son ahora las Universidades de Sevilla y de Madrid las que cuentan entre sus alumnos de la Sección de Ciencias Naturales a un hombre vestido con el blanco hábito de Santo Domingo que asombra a sus profesores por su claridad de inteligencia y por su voluntad de aprender.

Y, junto a las clases de la Universidad, en el laboratorio donde se realizan trabajos de investigación, se hace también familiar la figura del dominico; en los laboratorios de Achúcarro y Cajal encuentra fray Manuel Barbado la ocasión de realizar sus experiencias histológicas, base indispensable para el que había de ser un eminente psicólogo experimentalista.

Y cuando el doctor Achúcarro, con motivo de sus viajes por el extranjero, tiene que abandonar su laboratorio, no encuentra persona más capacitada para encargarse de él que el P. Barbado, y le ofrece la dirección y la escasa remuneración que por tan alto cometido recibe del erario público.

Pero la carrera de maestro en Sagrada Teología que había de coronar fray Manuel Barbado es muy larga; y después de sus estudios superiores y de una disertación similar a la tesis doctoral que se exige hoy en nuestras Universidades para conceder el más alto título universitario, ha de realizar cinco años de enseñanza. El convento de Almagro, en el cual él ha estudiado, le recibe como profesor, y durante tres cursos, de 1912 a 1915, explica Filosofía.

Pero la personalidad del P. Barbado está ya definida. La enseñanza de la Filosofía no le impide, sino que más bien le sirve de marco general en el cual va desarrollando sus actividades de investigación de la vida natural; en el convento de Almagro organiza un laboratorio de Biología que nada tiene que envidiar a los que existen en España y que fué obra personal del que ya va siendo figura conocida en la Orden dominicana.

La revolución roja de España no podía respetar esta

obra de ciencia, y el magnífico laboratorio fué destruído totalmente; algunos microscopios fueron los únicos restos que pudieron ser hallados después del triunfo de las armas nacionales.

Desde 1915 a 1918, otros tres cursos más, tuvo a fray Manuel Barbado el Colegio de Cuevas de Almazora como profesor de Ciencias Naturales.

La figura del P. Barbado era ya harto conocida para que el Padre general de los dominicos se pudiera fijar en él y elevarle al más alto magisterio dentro de las instituciones docentes de la gloriosa Orden de predicadores. En el Colegio «Angelicum», de Roma, el dominico inglés Herlington enseña Psicología experimental, y a sucederle fué el dominico español fray Manuel Barbado, que desde el curso 1918-19, ininterrumpidamente, hasta finalizar el curso de 1939-40, fué profesor de Psicología experimental. Formó un elenco escogido de discípulos, organizó el mejor laboratorio de esta disciplina en Roma, y realizó una inmensa labor de investigación y de magisterio que le colocó al lado de las grandes figuras mundiales de la Psicología, para gloria de Dios, para gloria de su Orden y para gloria de España.

El trabajo del P. Barbado en Roma tiene toda la intensidad de las tareas de un hombre que puede entregarse completamente a su vocación científica y de apostolado.

Durante veintidós años explica, sin solución de continuidad, su cátedra de Psicología experimental.

Como si la Providencia hubiera reservado al P. Barbado la misión de abrir camino donde quiera que desarrollara su actividad, en Roma hubo de crear también otro laboratorio de Psicología experimental, que puede dignamente citarse al lado de los que poseen las Universidades civiles de Italia, país en el cual se nota un florecimiento científico que coloca a esta nación al lado de las más adelantadas en estudios de Psicología.

Hombre de gobierno, es durante varios años decano de la Facultad de Filosofía del «Angelicum».

Y, al lado de las tareas docentes que todos los días ha de realizar, es en esta época cuando la producción escrita del P. Barbado adquiere mayores proporciones. *Ciencia Tomista*, *Xenia Thomistica*, *Angelicum*, *Revue Thomiste* son las principales revistas que en este tiempo recogen el trabajo del P. Barbado. La academia de Filosofía de Roma y la Academia Pontificia de Ciencias le reciben en su seno como uno de sus miembros más distinguidos, y por su parte, la Orden dominicana confiere al P. Barbado el título de maestro en Sagrada Teología.

Vale la pena tener presente lo que este título, al cual hemos hecho una rápida referencia cuando hablábamos de los estudios del P. Barbado, significa. Después de tener una formación y realizar trabajos similares a los que se exigen en nuestras universidades para conferir el título de doctor, el que aspire al grado de maestro en Sagrada Teología necesita profesar cinco años de enseñanza, publicar trabajos científicos que juzgue de mérito una Comisión nombrada por el reverendísimo Padre general de la Orden, sufrir un largo examen oral durante varias horas ante un tribunal que preside el mismo reverendísimo Padre general; realizar otros cinco años de enseñanza superior, al cabo de los cuales, si la enseñanza es juzgada notable, se otorga el título de maestro en Sagrada Teología.

Las épocas de vacaciones, en las cuales tenía perfecto derecho de descansar, son utilizadas por el P. Barbado para recorrer las principales Universidades y Centros de investigación psicológica del mundo. Así, se pone en relación con los principales psicólogos de Alemania, Inglaterra, Francia, Norteamérica, en fin, de todas las naciones que podían figurar a la cabeza de la investigación psicológica.

La situación privilegiada de Roma, que, en cuanto

centro de la cristiandad, cuenta con las más altas instituciones científicas de la Iglesia y de las Ordenes religiosas y, en cuanto capital de Italia, se encuentran en ella los más destacados organismos científicos de esta nación, permitió al P. Barbado iniciar la formación de su biblioteca personal, incrementada rápidamente merced a las relaciones que estableció en sus cuasi periódicos viajes por todo el mundo.

A la hora de su muerte, la biblioteca del P. Barbado es la mejor de España y una de las mejores del extranjero en lo que se refiere a la Psicología y especialmente a la historia de esta ciencia en sus propias fuentes. Puede considerarse también como una de las mejores en lo referente a Filosofía e Histología, ya que el sabio dominico se dedicó con especial cuidado a estos estudios, fundamentales para la Psicología racional y para la experimental, respectivamente.

En sus estanterías están recogidas las mejores ediciones de Aristóteles, San Alberto Magno y Santo Tomás, con las de todos sus comentadores, así como las obras y comentarios de los más viejos representantes de las ciencias médicas y psicológicas; Teofrasto, Galeno, Diógenes, Laercio y tantos otros nombres venerables figuran entre los autores que poseía el ilustre dominico, en cuya biblioteca, de varios miles de volúmenes y más de 80 metros de longitud, al lado de los viejos libros encuadernados con pergamino, figuran las modernas encuadernaciones de las obras psicológicas más recientes.

Sólo la formación de una biblioteca semejante dice mucho del tesón y del acierto que el P. Barbado ponía en sus empresas. Es de suponer que la Orden de Predicadores, de tan alta tradición intelectual, ha de mantener, sin consentir disgregación ninguna, la maravillosa unidad de tal colección de libros.

Sin embargo, tal vez el aspecto más interesante de la obra del P. Barbado en Roma es el que ciertamente pu-

diéramos llamar apostolado. Sin salirse de su actividad científica, el P. Barbado tiene un cuidado constante de las almas con las que se relaciona, y realiza así el ejemplo más claro de lo que debe ser el apostolado de los intelectuales. En primer lugar, con las normas de su honestidad científica, y en segundo, con la actuación discreta y exquisita cerca de las almas que están apartadas o están en peligro de apartarse de la religión cristiana. Así, el profesor De Sanctis, titular de Psicología de la Universidad de Roma, debe al P. Barbado el retorno a la Iglesia católica. Y cuando la aberración racista empezaba a producir sus frutos también en Italia, son varios los profesores y médicos judíos que en el P. Barbado encontraron la más clara representación de la caridad cristiana, y así puede citarse a un médico judío y a toda su familia, incluyendo los sirvientes, como ejemplo de la labor apostólica del P. Barbado; todos pidieron ser bautizados; y aún ha de señalarse el rasgo de delicadeza del recién convertido, que no quiso utilizar su condición de católico para mejorar la situación a que estaba sometido con sus hermanos de raza.

* * *

Al terminarse nuestra Cruzada de liberación nacional, el Estado puso lo mejor de su celo en la reconstrucción de la ciencia española. Dos preocupaciones principales manifestó desde el primer momento de su actuación el excelentísimo señor don José Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional de España después de la victoria de las armas nacionales; de una parte, la incardinación de la ciencia española en su gloriosa tradición de armonía con la Filosofía tradicional y la religión católica; y de otra, proporcionar el máximo impulso a la investigación, con objeto de que España volviera a ocupar el puesto que había ocupado en el campo de la ciencia universal.

La figura del P. Barbado se presentó al pensamiento del ministro como indispensable en esta tarea de reconstrucción y orientación de la ciencia española, y el gobernante español solicitó al Padre general de los dominicos la vuelta a España del profesor de Psicología experimental del Colegio «Angelicum» de Roma.

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas, supremo órgano rector de la investigación nacional, y la Universidad española abrieron sus puertas al P. Barbado, que figuró como miembro de dicho Consejo desde su constitución y que se encargó de la cátedra de Psicología experimental de la Facultad de Ciencias en la Universidad de Madrid.

La tarea principal que al P. Barbado le estaba reservada en España era dirigir las investigaciones psicológicas y filosóficas dentro de los cauces de la Filosofía tradicional, en la cual han estado encuadradas siempre las más altas figuras de la Filosofía española.

Pero el sabio dominico se encuentra con que eran escasísimos los cultivadores de esta ciencia que inmediatamente pudieran dedicarse a la investigación, y por esto, como labor previa, había de imponerse la pesadumbre y la gloria de la docencia universitaria; despertar vocaciones científicas en la Universidad y completar su formación de investigadores en el Consejo, habían de ser desde ahora en adelante las dos tareas principales del P. Barbado.

El primer curso que profesó fué, como incidentalmente he dicho, el de Psicología experimental, en la Facultad de Ciencias, durante el curso de 1940-41; esta cátedra corresponde al doctorado de Ciencias Naturales y al de Medicina.

Aneja a la cátedra de Psicología experimental existe la Fundación Simarro, de cuyo laboratorio, en lamentable estado, se hizo cargo también el P. Barbado. En honor a la verdad, ha de decirse que esta cátedra era objeto de escasisima atención por parte de los mismos que en ella

estaban matriculados. Hasta que el P. Barbado se hizo cargo de ella no había tenido eficacia ninguna. La enseñanza del ilustre dominico cayó como nueva, dando a esta disciplina el rigor científico de que hasta entonces había carecido.

La preparación meticulosa de las clases, el juicio certero que el nuevo profeso emitía respecto de los temas expuestos, el valor metodológico de los procedimientos de investigación, la aplicación práctica que en la misma clase hacía, y hasta los exámenes peculiares que implantó, dieron nueva vida a la Psicología experimental. Ya en el primer año de su enseñanza, el P. Barbado logró despertar alguna vocación para seguir investigando en este orden de estudios.

Desde el año siguiente había de simultanear esta cátedra de la Facultad de Ciencias con la de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras. Tal vez pueda decirse que en esta clase es donde se reveló con más claridad la personalidad del P. Barbado.

Perfecto dominico, devoto, no en el sentimiento, sino en las obras, de Santo Tomás de Aquino y de San Alberto Magno, sigue fielmente sus huellas, y en sus doctrinas tiene siempre a punto el criterio seguro para someter a crítica las teorías que sobre un tema cualquiera se han producido. El P. Barbado estaba plenamente convencido de que la Psicología no ha superado las soluciones encontradas en el siglo XIII en los temas objeto de estudio de aquella época; pero los campos de la investigación se han ampliado notablemente desde entonces, y siguiendo el espíritu de aquellas señeras figuras medievales, el P. Barbado sintió la obligación, y aun la responsabilidad, de conocer todo lo que significara un avance en la ciencia por él cultivada; y así, con la fiel conjunción de su recia formación tomista y de su formidable erudición actual, el P. Barbado llegó a ser el profesor ideal, capaz de mostrar

toda la inmensa problemática y el campo completo de ideas psicológicas, sin que sus alumnos perdieran la orientación en medio de la multitud de teorías y soluciones a veces contrapuestas.

Ninguna doctrina era desconocida u olvidada, pero tampoco ninguna dejaba de estar sometida a una crítica rigurosa, no por afán polémico, sino por una entrega absoluta a la verdad desnuda, se encuentre donde se encuentre. Y no sólo del error ha de separarse la verdad; también el P. Barbado ponía exquisito cuidado en señalar con claridad la diferencia entre las verdades comprobadas y aquellas otras que son todavía opiniones, que están en el dominio de las teorías; vale la pena también recordar aquella insistencia con que el P. Barbado solía acotar el campo de la ciencia experimental, apartando lo que es verdad experimental admisible de aquellas otras doctrinas filosóficas que con tanta frecuencia gustan de construir los que se dicen experimentalistas, dando entrada al error las más de las veces. Esta claridad de visión permitía al sabio dominico bucear en todas, absolutamente en todas las obras psicológicas y extraer de ellas aquella parte de verdad que pudieran tener, limpia de las adherencias que la desfiguran y confunden.

La enseñanza de la ciencia, tal como el P. Barbado la concebía, no podía realizarse sin una preparación cuidadosa; siempre iba a su clase acompañado de las cuartillas, en las que un guión detalladísimo marcaba el orden de los temas; y nunca faltaban en el momento preciso aquellas fichas de diez por quince centímetros que, conteniendo citas literales de los autores a los que se refería, ampliaban y aclaraban la doctrina expuesta; a veces, y es de lamentar que no hubiese ocurrido siempre, las lecciones las llevaba escritas. No puede decirse que su clase fuera brillante, porque, sometida a la férrea disciplina de un método riguroso, no había lugar a digresiones fáciles ni a generalizaciones sin fundamento; pero en las leccio-

nes del P. Barbado resplandecía siempre la claridad, don inapreciable del que domina una ciencia y del que domina también el arte de enseñarla. Sus lecciones eran densas y, como toda buena lección universitaria, se prestaban pronto a distinguir entre los alumnos capaces de seguir las y aquellos otros que sienten en demasía la pesadumbre de seguir el pensamiento profundo del maestro. Pero el P. Barbado estaba siempre, antes y después de empezar la clase, con su aspecto sereno y amable, escuchando las preguntas de sus discípulos, haciendo aclaraciones, repitiendo, rectificando, en fin, realizando esa labor individual que todo docente tiene que ejecutar para que su enseñanza tenga el correlato exigido en el aprendizaje firme de los alumnos, los cuales, no sólo han de adquirir ideas, sino hábitos intelectuales y una determinada configuración mental que les haga capaces de sucesivas adquisiciones científicas.

Empero, tal vez puede decirse que la tarea más intensa del P. Barbado en estos últimos años fué la que realizó en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Encargado de la dirección del Instituto «Luis Vives» de Filosofía, la tarea del P. Barbado se vió desde el primer momento diversificada según tres finalidades distintas.

En primer lugar, había de neutralizar el ambiente filosófico imperante en España. Ambiente predominantemente historicista, con todo el lastre de escepticismo que esta posición incluye; y también pudiera hablarse de una adulteración de la Filosofía por el uso de fraseología brillante, pero superficial y equívoca. El Instituto de Filosofía, bajo la dirección del P. Barbado, había de dedicarse desde el primer momento a reivindicar la Filosofía tradicional, volviendo por los fueros de un contenido filosófico distinto del mero filosofar, postulando de nuevo la distinción operante entre la verdad y el error.

En segundo término, tiene que atender a orientar las incipientes vocaciones que el mismo P. Barbado contri-

buía a despertar con su clase universitaria. Actualmente, muy pocos años después de iniciada esta labor, son ya varios los que, en plena juventud, desempeñan cátedras filosóficas y deben lo mejor de su formación a la obra del P. Barbado.

En tercer lugar, como manifestación visible de los trabajos del Instituto, han comenzado a aparecer varias series de publicaciones que vienen enriqueciendo continuamente el ambiente filosófico de España.

Por lo que a nosotros se refiere, hemos de señalar la constante preocupación pedagógica del P. Barbado. Consecuente con ella, apenas constituido el Instituto «Luis Vives», organizó dentro de él una Sección de Pedagogía en la cual llamó a colaborar a algunos de los que después habían de trabajar a sus órdenes en el nuevo Instituto «San José de Calasanz» de Pedagogía.

Cuando, en 1941, el excelentísimo señor ministro de Educación Nacional pensó en conectar oficialmente la Pedagogía con aquellas ciencias subalternantes que han de fundamentar los grandes principios educativos y en otorgar el rango espiritual que a la Pedagogía le corresponde, creó el Instituto «San José de Calasanz», dependiente del Patronato «Raimundo Lulio», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Entonces, la figura del P. Barbado volvió a aparecer como indispensable para las tareas rectoras de la nueva actividad pedagógica, y fué nombrado primer director de este Instituto.

La formación de fray Manuel Barbado no estaba encerrada en la especialización pedagógica. Sin embargo, no se puede desconocer que reunía en sí aquella preparación de orden filosófico y de orden experimental que es base inexcusable de toda investigación pedagógica. Por otra parte, toda una vida consagrada a la docencia, y la publicación de algún trabajo de indole específicamente pedagógica, muestran bien a las claras que la preocupación

educativa se mostraba siempre viva y actuante en el espíritu del ilustre dominico.

Apenas hecho cargo de la dirección del Instituto de Pedagogía aparecieron las primeras publicaciones, las cuales manifestaron con toda claridad la orientación recíamente cristiana que supo imponer a esos estudios y también la cabida que en ellos tenía la investigación experimental, realizada con todo rigor.

Como si la Providencia hubiera señalado especialmente al P. Barbado para cumplir una misión en el ámbito científico de la Pedagogía española, puede decirse que hasta que no dejó sentir su influencia, la investigación pedagógica de tipo inductivo estuvo prácticamente abandonada en España. Los pocos años que el P. Barbado dirigió el Instituto de Pedagogía fueron suficientes para atraer algunas vocaciones a este tipo de trabajo, y son ya varias las publicaciones hechas por discípulos suyos.

Empezó el P. Barbado dirigiendo personalmente algún Seminario, pero la carga de dos Institutos de investigación y la necesidad de estar en todo momento dispuesto a entregarse a quien de él solicitara orientación y consejo, hicieron imposible el que personalmente siguiera encargado de los Seminarios. Sin embargo, todos y cada uno de los directores de Seminario, tanto de Pedagogía cuanto de Filosofía, sometían minuciosamente su actuación a la visión del P. Barbado, que así estaba presente, pudiéramos decir que con minuciosidad, en las tareas de ambos Institutos.

Las mañanas, en la Universidad; las tardes, en el Consejo de Investigaciones. Cubriendo con una sotana negra el blanco traje dominico, todos los días se veía la figura del P. Barbado, que por los altos de Serrano se trasladaba desde su residencia a su despacho del Consejo de Investigaciones. La tarde se había acabado cuando salía de nuevo, y en las cuatro o cinco horas de trabajo no hacía otra cosa sino entregarse constantemente a los

demás. Primero, el despacho obligatorio de los asuntos oficiales de los dos Institutos, y luego el correo de visitas que habían de hablar con el P. Barbado pidiendo orientación para un trabajo, el juicio acerca de alguna obra que se pensaba consultar, indicaciones bibliográficas para una tarea que se había de realizar. Siempre su figura, entre seria y amable, alentando y dirigiendo, no ya a los que habitualmente trabajaban en el Instituto, sino a cualquier estudioso que a él acudiera.

Esta atención que prestaba a los problemas científicos, y que fué el eje de toda su vida, no le impidió cuidarse con minuciosidad, agotadora en ocasiones, del aspecto material de los lugares donde había de trabajar. Secundando la idea de mejorar la instalación de los Institutos que sentía el excelentísimo señor don José Ibáñez Martín, realizó un traslado del Instituto «Luis Vives» y dos del Instituto «San José de Calasanz» hasta su instalación definitiva en un edificio de nueva planta. Aparte de la incomodidad y molestia que en sí representa cualquier traslado, los del Instituto «San José de Calasanz» fueron particularmente molestos y difíciles, ya que cuenta con una biblioteca de cerca de 70.000 volúmenes.

Durante la instalación del último de los Institutos citados, el P. Barbado repartía su tiempo entre su despacho y el hablar con los arquitectos, maestros de obras, albañiles, carpinteros, haciendo él personalmente las indicaciones necesarias para que la instalación resultara adecuada y eficiente. Desde la distribución de los tabiques para formar los despachos, hasta la instalación de los armarios en el depósito de libros, ninguna de estas aparentes minucias fueron olvidadas por el ilustre dominico, que llegaba muchas tardes a su cuarto de trabajo cubierto de polvo y lleno de cansancio.

Todavía le quedó tiempo para planear la instalación de un Instituto de Psicología con cuya creación él soñaba; pero no quiso Dios que llevara a cabo esta empresa,

y en el nuevo edificio del Consejo Superior de Investigaciones Científicas queda un piso vacío en el cual puede verse la extraña decoración de una habitación recubierta de plomo para dejarla aislada eléctricamente del exterior y la preparación de otra aislada de todo sonido.

En febrero de 1944, el P. Barbado, que parecía fuerte y robusto como un roble, fué atacado por una enfermedad que sorprendió a todos cuantos le conocían.

Una neumonía fuerte puso en peligro su vida; pero no fué esto solo, sino que esta enfermedad puso de relieve una afección al corazón que venía sufriendo desde hacía varios años sin que se diera cuenta de ella. Tras de vencer la primera acometida, marchó a Salamanca, a principios del verano de dicho año, para reponerse, y pasadas las vacaciones estivales, aun sin estar curado del todo, se incorporó de nuevo, nos parece que demasiado pronto, a sus tareas de Madrid. Le vimos volver flaco y caído, pero en su ánimo pretendía tener el mismo empuje que antes. Nos volvió a ser familiar la figura del P. Barbado, un poco más viejo y un poco más delgado que como le habíamos conocido.

En este otoño de 1944, la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas le llamó a su seno, y con las tareas ordinarias de su cargo había de alternar la preparación del discurso de ingreso en dicha Corporación.

Prestó el juramento necesario, pero no llegó a leer su discurso, a pesar de haberlo terminado.

A fines del mes de abril llegó al Consejo la noticia de que el P. Barbado estaba enfermo. A cuantos fuimos a verle nos recibió con una sonrisa, hablando del catarro importuno que le tenía sujeto en la cama. Todos creíamos que iba mejorando, y, de pronto, la tarde del 3 de mayo, los teléfonos del Consejo empezaron a vibrar estremecidos llevando de una parte a otra la noticia de la muerte del ilustre dominico.

En su lecho de muerte seguía conservando la serenidad que tenía en vida, como si nos dijera, con un gesto ininóvil, si vale la frase, que a una vida austera había seguido la plácida muerte de los justos, que es preciosa ante los ojos de Dios.

Las autoridades eclesiásticas y civiles, especialmente las del ministerio de Educación Nacional, presididas por su titular, acudieron a los funerales solemnes, celebrados el día 4, y acompañaron el cadáver de fray Manuel Barbado a la Sacramental de San Lorenzo, que recogió sus restos mortales en una calurosa tarde de mayo madrileño.

* * *

Si deseáramos dar una rápida visión de conjunto a la obra escrita del P. Barbado, aun sin hacernos cargo de gran cantidad de escritos inéditos que han de ser ordenados y probablemente verán la luz no tardando mucho tiempo, podemos distinguir cuatro tipos de trabajos en su abundante producción. Obras de carácter didáctico; obra de conjunto; problemas especialmente investigados; y labor de crítica.

Pudiéramos, en primer lugar, hacernos cargo de las obras de carácter didáctico.

No pertenece fray Manuel Barbado al tipo de profesores que, con el pretexto de hacer discurrir a sus alumnos, o con el deseo de dar brillantez a su clase, dejan a sus discípulos abandonados a sus propios medios, que en ocasiones no son más que unos apuntes tomados al oído, y que constituyen con demasiada frecuencia un conjunto de doctrinas deslabazadas, mezcladas con multitud de errores.

Además de su preparación minuciosa, escribe el Padre Barbado dos Propedéuticas a la Psicología. La primera, *Propedéutica alla Psicología*, fué escrita en Roma en 1929, recogiendo las experiencias de varios años de pro-

fesor de Psicología. El afán perfectivo de su propia obra le llevó a rehacer, seis años más tarde, esta Propedéutica y escribirla en latín. En estas dos obras se pone de manifiesto el profundo conocimiento que el P. Barbado tenía de las doctrinas tradicionales y de las doctrinas de su momento. Obras documentadísimas, especialmente la última, son una especie de compendio de aquellas cuestiones biológicas que son prenotando indispensable para que la Psicología pueda dilucidar los principales problemas de su ciencia.

Si la Propedéutica no es la ciencia propiamente psicológica, sino más bien un conjunto de conocimientos tangenciales a ella, nos dejó el P. Barbado una obra sin igual de Psicología con su *Introducción a la Psicología experimental*, publicada por primera vez en 1928, traducida al inglés, francés e italiano, y que alcanza la segunda edición en 1943. Esta obra puede decirse única, porque se libra de un defecto en que por igual suelen caer los cultivadores modernos y los cultivadores de la ciencia tradicional, éstos olvidando los progresos materiales de la investigación científica, aquéllos mirando con olímpico desdén todo lo que sea problemática y conocimientos planteados en siglos anteriores. En esta obra, el P. Barbado estudia todas las corrientes actuales de la Psicología, sometiéndolas a una rigurosa crítica que sólo él puede hacer, preocupándose de ahondar en el significado de los actuales temas psicológicos y presentándolos encuadrados en la concepción doctrinal, más aún, filosófica, que sirve de base a cada uno de ellos. Este libro es un estudio sistemático que desentraña el contenido de las corrientes de la Psicología buscando sus antecedentes históricos, hace resaltar las ideas filosóficas implicadas en ellas y muestra la afinidad o divergencia doctrinal que presentan las diversas concepciones de la Psicología. Libro único puede decirse también, por dar con luminosa claridad una noción de la Psi-

cología experimental, así como de sus ramificaciones principales y de sus aplicaciones.

Además de esta obra de conjunto, el P. Barbado ha dedicado especial interés a algunas cuestiones de la Psicología experimental.

En primer lugar, pudiéramos recoger bajo un denominador común todos los trabajos en los cuales se hace el estudio de determinados problemas psicológicos, relacionándolos con las doctrinas tradicionales, en los cuales el P. Barbado ha sabido ver y demostrar que «los muchos siglos que han pasado sobre la doctrina tomista habrán, si acaso, desgastado un poco la corteza del lenguaje, pero han dejado viva y fresca y vigorosa la medula del pensamiento». Asombra verdaderamente comprobar en estos trabajos el conocimiento que de las doctrinas actuales y de las doctrinas antiguas se unía en la mente privilegiada del P. Barbado. Entre los trabajos que pueden citarse como típicos de esta preocupación del P. Barbado, figuran «Ideas viejas y palabras nuevas», «Localizaciones de las facultades sensitivas según los antiguos», «La conciencia sensitiva según Santo Tomás», todos ellos publicados en la *Ciencia Tomista*, y algunos otros cuyos títulos son suficientemente expresivos y que figuran en el índice bibliográfico al final de este trabajo.

Un problema para el cual el P. Barbado estaba especialmente preparado, y al que dedicó bastantes horas de trabajo, es el de las relaciones del alma y el cuerpo, problema central de la Psicofisiología. Buena prueba de ello es el trabajo publicado en la *Ciencia Tomista* acerca de la correlación del entendimiento con el organismo, dentro del cual estudia especialmente lo relativo a la relación entre la perfección del entendimiento y la perfección del sentido del tacto, y entre la perfección del entendimiento y del cerebro. En «El bautismo de los fetos abortivos», partiendo de una disposición canónica, plantea el problema de la unión del alma con el cuerpo, tema que ha

de desarrollar en un artículo publicado en la *Revista de Filosofía*, en el cual termina defendiendo la opinión poco extendida de que el alma no se une al cuerpo en el momento de la fecundación, sino con posterioridad, cuando ya el óvulo fecundado ha alcanzado el suficiente desarrollo para poder decir que tiene órganos, u «orgánulos», específicamente humanos, y, por consiguiente, que posee disposición suficiente para la infusión del alma espiritual.

También puede figurar entre las cuestiones especiales que ocupaban al P. Barbado la dilucidación de la Psicología diferencial. Ya en la introducción a la Psicología experimental, el capítulo que dedica a la fijación de los conceptos de Psicología diferencial puede afirmarse que es lo más decisivo de todo cuanto se ha escrito en este sentido; aparte de este capítulo, puede señalarse el trabajo sobre los primeros principios de la Psicología diferencial publicado en las «Actas de la Academia Pontificia de Santo Tomás de Aquino», de Roma, y el discurso que pronunció en el XVI Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias sobre «La base de las diferencias psíquicas».

Junto a estos libros de investigador y docente, podemos señalar las tareas críticas que constantemente estaba ejerciendo, especialmente con la publicación del «Boletín de Psicología» en *Ciencia Tomista*.

Es, probablemente, en estos Boletines de Psicología donde se pone de manifiesto la gran personalidad del Padre Barbado y su honradez poco común al tratar de los problemas científicos. En estos Boletines se ocupa, en ocasiones, de cuestiones tales como la Metapsíquica, que sorprende ver tratada en estudios científicos. El mismo Padre Barbado se encuentra en la obligación de justificar esta atención que él dedica, y da para ello tres razones: «1.ª, porque en el último año hemos sufrido una verdadera epidemia de obras que se ocupan de estos misterios; 2.ª, porque se ha intentado dar a estos estudios carácter

experimental y científico; 3.ª, porque el tema es de bastante actualidad entre los escritores católicos.»

No se encuentra en la obligación de dedicar palabras amables a quien ha escrito un libro por el mero hecho de verlo publicado; probablemente, se encontrarán pocos críticos que con la ruda sinceridad del P. Barbado pongan de manifiesto las lagunas o defectos que encuentren en las publicaciones sometidas a su juicio. Y no puede decirse que le ciegue el amor de la escuela. Reseñando una obra de Psicología, puntualiza lo que él llama pecados capitales en que incurren con harta frecuencia los modernos escritores escolásticos que se ocupan de Psicología: «1.º mirar con desdén las conquistas de la ciencia experimental, afirmando, para cohonestar su ignorancia, que nada nuevo se ha encontrado que no esté expresa y detalladamente contenido en los viejos pergaminos. 2.º Aparentar perfecto conocimiento de todos los hallazgos de las ciencias modernas, citando para ello multitud de librillos de fácil lectura, de título resonante y de fecha reciente. 3.º Entremezclar con las cuestiones filosóficas algunas nociones de ciencias experimentales en que abunda el tecnicismo tanto como escasea el conocimiento de las materias. 4.º Plagiar más o menos descaradamente a otros autores, ya sea transcribiendo a la letra párrafos y más párrafos, sin acordarse de poner las consabidas comillas o bien desfigurándolos un poco para evitar la persecución de la justicia y las iras de los críticos. 5.º Fingir compenetración de los antiguos principios con las modernas doctrinas, cuando en realidad no suele hacerse otra cosa que yuxtaponer una caricatura de la Psicología tradicional y un adefesio de ciencia novísima. 6.º Aparentar perfecto y rígido tomismo y enseñar doctrinas totalmente contrarias a las del Angélico Maestro. 7.º Citar en apoyo de las propias opiniones textos de Santo Tomás que no han sido entendidos o que han sido truncados y falsificados.»

Pero no se vaya a creer que el P. Barbado pertenece a ese género de críticos amargados o de supersabios que no encuentran nada a su gusto. Con la misma sinceridad que manifiesta los fallos que encuentra en las obras, alaba aquellas que a su juicio lo merecen. Puede verse, como botón de muestra, esta apreciación que publicó, respecto de determinada obra, en uno de los Boletines de Psicología: «Es obra sugestiva, muy meditada y muy metódica, y en ellas las cuestiones fluyen mansamente sin arrebatos de entusiasmo, sin obcecaciones de especialista, sin apriorismos estériles, sin fe ciega en los métodos de investigación. Suavemente y con la ecuanimidad de quien conoce toda la dificultad de los problemas, va el autor sentando los principios fundamentales, sin olvidarse de señalar los puntos débiles de los cimientos; y luego, sin perder nunca de vista los datos empíricos, construye poco a poco y con gran perspicacia lógica todo el edificio de su investigación».

No quiero terminar sin volver de nuevo a referirme a la multitud de papeles que ha dejado escritos y que están siendo revisados actualmente. Es de esperar, y de desear, que no tardemos mucho en verlos publicados; con ello tendremos una idea más completa de la figura científica del P. Barbado. Sus lecciones redactadas, los esquemas y croquis de diferentes cuestiones y, sobre todo, los riquísimos ficheros ponen de manifiesto su pensamiento y método de trabajo. Uniendo este abundante material a su Biblioteca se tendría el medio más eficaz para continuar la obra del ilustre dominico.

* * *

He procurado hacer objetivamente un esbozo de la vida y la obra del P. Barbado. Se me permitirá decir, para terminar, que sobre todo lo que de él pudiera yo hablar queda el recuerdo del sabio religioso, que, apenas me co-

noció, se me entregó sin reservas para completar mi formación pedagógica; me trató a mí y a todos los míos con cariño de padre, con delicadezas que no se pueden olvidar. No creo que nadie pueda ya influir tanto como él en mi formación científica; con la irreprimible sensación de que se ha ido demasiado pronto, pero aceptando rendidamente la voluntad del Señor, le pedimos que a cuantos nos podemos considerar discípulos del P. Barbado nos haga dignos de seguir sus huellas.

VÍCTOR GARCIA HOZ

BIBLIOGRAFIA DEL PADRE BARBADO

I. OBRAS PUBLICADAS:

Las ciencias auxiliares de la Psicología. «Ciencia Tomista», 1920-XXII, págs. 145-163.

Localización de las facultades sensitivas según los antiguos. «Ciencia Tomista», 1920-XXII, págs. 1-16; 130-141; 263-280.

Boletín de Psicología. «Ciencia Tomista», 1921-XXIII, págs. 377-405.

Ideas viejas y palabras nuevas. «Ciencia Tomista», 1923-XXVII, páginas 5-17.

Boletín de Psicología. «Ciencia Tomista», 1923-XXVIII, págs. 71-101.

Doctrina aristotélico-thomística de sensu tactus cum modernis doctrinis comparata. «Xenia Thomistica», Romae, 1924, págs. 239-265.

La psicología reaccionística. «Ciencia Tomista», 1924-XXIX, páginas 313-330.

La conciencia sensitiva según Santo Tomás. «Ciencia Tomista», 1924-XXX, págs. 165-203.

De habitudine psychologiae rationalis ad experimentalis. «Acta Congressus Thomistici», 1925, págs. 93-102 y 290-302.

Boletín de Psicología. «Ciencia Tomista», 1925-XXXII, páginas 232-274.

De re ditu psychologiae ad scho lasticam. «Angelicum», 1926-III, páginas 355-367.

Correlaciones del entendimiento con el organismo. «Ciencia Tomista», 1926-XXXIII, págs. 177-202 y XXXIV, págs. 161-195.

El bautismo de los fetos abortivos según el Código Canónico. «Boletín Eclesiástico de Filipinas», octubre de 1928, págs. 589-603.

Introducción a la Psicología experimental. Madrid (Editorial Voluntad), 1928, pág. 712. Obra traducida al inglés, francés e italiano. 2.^a edición. Madrid, 1943.

Boletín de Psicología. «Ciencia Tomista», 1929-XXXIX, páginas 215-233 y 370-394.

La physionomie, le tempérament et le caractère d'après Albert le Grand et la science moderne. «Revue Thomiste», 1931-XXXVI, páginas 314-351.

Psychologiae differentialis prima principia. «Acta Pont. Acad. Rom. S. Thomae Aq. et Religionis Catholicae», 1939, págs. 1-31.

El problema fundamental de la Psicogénesis. «Boletín de Educación de la provincia de Cáceres», 1937, págs. 8-23.

La base de las diferencias psíquicas. «Actas del XVI Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias», 1940, páginas 1-22.

Antecedentes escolásticos de la «gestalt psychology». «Revista de Filosofía», 1, 2, 3, págs. 371-7.

¿Cuándo se une el alma al cuerpo? «Revista de Filosofía», 2, páginas 6-60.

II. OBRAS TERMINADAS, INÉDITAS:

Propædæutica alla Psicologia. Roma, 1926.

Propædæutica ad Psychologiam. Roma 1935.

Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

III. ESCRITOS VARIOS.